

EL GONG SAGRADO

2º

Érase una vez en la India un rey que era venerado y amado por su sabiduría y bondad en todo su gran imperio y mucho más allá.

Todos los días, al amanecer, iba al templo para limpiarse con profunda devoción ante el rostro sagrado del dios Vishnu, a quien se dedicaba una veneración especial, para pedir por sus imperfecciones y discernimiento por todo lo que le llegaría en el transcurso del día en forma de deberes.

En el centro del templo había un gong con pies dorados, cuyo disco de bronce mate y brillante mostraba representaciones de la vida del dios al que estaba dedicado el templo. Y cuando sonaba el gong, era como si el sonido viniera del corazón del mismo Vishnu.

Poderosa, pero suavemente, llenaba toda la habitación, se deslizaba a lo largo de las paredes entre todas las columnas y envolvía la oración escuchada en un manto de sonido relajante. También le ayudó al rey a intensificar sus meditaciones en el tono profundo y cálido como el oro.

Un día, sin embargo, hubo un gran luto en el palacio del rey. El viejo sirviente del templo, cuyas manos habían tocado este maravilloso instrumento durante muchos años con el precioso mazo especialmente hecho para este propósito, había muerto repentinamente de la noche a la mañana. Ninguna enfermedad había indicado la pérdida inminente.

Después de que el cuerpo del viejo sirviente fue arrojado a las llamas, y las festividades de las ceremonias de duelo terminaron, el rey pasó tres días y tres noches en el templo en profunda oración. Se levantaba cada hora para hacer sonar el gong silencioso con el más leve toque en memoria del fiel sirviente del templo. Pronunció cantando el nombre del dios Vishnu y le pidió que enviara al más digno sucesor de su digno siervo fallecido, para que el sonido del corazón del dios inspirara los corazones de los devotos y, a su vez, poder llenarse y elevarse en el sublime silencio del templo.

Cuando pasaron los tres días y las tres noches, y no había nadie en sus alrededores que hiciera resonar el corazón del dios, el rey envió a sus mensajeros a través de todo el país, invitando a todos los súbditos, quienesquiera que fueran, pobres o ricos, que se atrevieran a emprender el servicio del templo con su rey.

Mucha, mucha gente vino de lejos: músicos, eruditos, incluso monjes errantes, porque todos amaban a su Señor y les parecía fácil hacer funcionar un gong en un templo.

Pero eso fue un gran error. El rey recibió a sus numerosos invitados con alegría. Les dio tiempo para practicar con el instrumento. Una y otra vez, sin embargo, se demostró que no había uno sólo entre ellos que tocara el gong tan suave y poderosamente que el sonido se llenara con el corazón de Vishnu.

Las manos de unos eran demasiado toscas, las de otros demasiado tímidas, y hasta entonces todos habían carecido de la regularidad del ritmo respiratorio, de modo que todos tenían que ver que el sonido producido por sus manos no era digno del dios a cuya alegría debía sonar. Muchos de ellos también tuvieron que admitir que habían pensado en su propio honor o no en absoluto cuando movieron el santo mazo consagrado en su mano.

Con pequeños y finos regalos, el rey dio las gracias a los invitados y los despidió. El magnífico instrumento, sin embargo, permanecía en silencio en el templo y sólo la oración del rey, que cantaba suavemente, resonaba en el silencio de la habitación. Era una petición de un digno sucesor para el viejo sirviente no olvidado.

Un día, cuando el rey y su pequeño séquito salieron del templo después de su ejercicio de oración, vio a un niño sentado llorando en el escalón más bajo, completamente absorto en su dolor. Llenos de lástima, la élite descendió los escalones, delante de su séquito.

-¿Por qué lloras, hijo mío?, mira, ¡tal vez pueda ayudarte!"

El chico negó con la cabeza. Entonces el gran llanto volvió a apoderarse de él. El rey lo levantó, alzó hacia él su rostro manchado de lágrimas y le dijo amablemente:

-A veces a un rey se le permite hacer lo que a otros se les prohíbe hacer. ¡Mírame, soy tu rey y eres muy querido para mí!"

El muchacho miró tímidamente a los ojos oscuros y cómplices de su rey y leyó en ellos su propio dolor.

-Mis padres murieron los dos. Ahora estoy solo en el mundo. Ya nadie me quiere, nadie me ayuda hasta que crezca y pueda cuidar de mí solo".

El rey estrechó suavemente al niño contra él.

-Creo que tu destino te ha tratado bien.- Pero, ¿cómo has llegado a este templo?"

-Mis padres lo visitaban a menudo conmigo".

-Pensé que si alguien podía ayudar, sin duda era el dios Vishnu" —respondió el niño en voz baja—.

El rey se había fijado en las manos finas pero poderosas del muchacho y era como si el propio dios Vishnu hubiera atraído su mirada hacia ellas.

-“Pensabas bien, hijo mío, estoy seguro. Dios Vishnu te ha traído aquí, este templo te está esperando”.

El rey tomó al niño de la mano y lo llevó consigo antes de que pusieran sus pies sobre el umbral en la sala de purificación a la que entraban los fieles, frente al templo interior. Después de esta ceremonia, pateó el gong de bronce tenuemente brillante. Colocó el precioso mango del mazo, decorado con piedras preciosas, en la mano del niño y dijo:

-“Trata de arrancar del corazón del dios su profundo y cálido tono dorado ”

-¿Cómo puedo lograr tal cosa? —exclamó el muchacho, y retrocedió.

-“Nunca he hecho algo así con mis manos”

Al rey le gustaban los modales modestos y a la vez libres del muchacho.

-“Oh niño, a veces una deidad da una respuesta de una manera inesperada. Trata con confianza de salvarte a ti, a mí y al reino, al que pertenecen todos los devotos”.

A una señal de su señor, el séquito del rey había permanecido esperando frente al templo. Así que el rey se quedó a solas con el niño a quien había envuelto en una túnica blanca en la sala de purificación, en el solemne silencio del templo.

El muchacho se quedó asombrado ante el reluciente instrumento. Sus ojos estaban reverentemente atentos a las imágenes de la vida del dios talladas en el disco de bronce. Luego dobló la rodilla, todavía sosteniendo el precioso mazo en sus manos, y oró en voz alta, olvidando por completo la presencia del rey:

-“¡Oh Dios Vishnu, que derrotaste a todos tus enemigos con un garrote y que no niegas tu ayuda a todos los necesitados, ayúdame también a mí!”

Por otro lado, el rey estaba extrañamente conmovido por el fervor con el que se hizo la solicitud. Esperó a que el chico se levantara. Luego dijo con su voz profunda y tranquila:

-“Estoy seguro de que el Dios Vishnu ha escuchado tu oración. Vivirás en mi palacio hasta que se te encuentre un buen futuro. Pero una cosa es tratar de agradecer a Dios. Practica diariamente delante del sacrificio que hago por el bien de mi reino, sonante corazón de bronce del templo. ¿Quieres hacer eso?”

Un alegre rubor brilló en las estrechas mejillas del niño.

-“Lo intentaré, señor” –respondió en voz baja–.

Y he aquí que el dios Vishnu eligió él mismo al sucesor más digno para el servicio del templo resonante; él mismo eligió las manos más tiernas a las que podía confiar su corazón sonoro. Poderosamente, pero suavemente, volvió a llenar toda la habitación cuando el sonido se filtró entre todas las columnas a lo largo de las paredes al ritmo de las oraciones que escuchaban.

Cálido y profundo resonó el corazón del dios, que él mismo puso en las manos más cuidadosas.

Pero otro tesoro fue dado al rey sin hijos cuando el extraño niño entró en el palacio del rey: era el creciente sirviente heredero del reino, el futuro rey del país.

Aportación de Leila Paz M.